

PABLO ANTONIO DE TARSIA



VIDA DE DON FRANCISCO
DE QUEVEDO Y VILLEGAS

ESTUDIO Y EDICIÓN
MARÍA ROCÍO LEPE GARCÍA

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
ESTUDIO	15
1. LA BIOGRAFÍA DE QUEVEDO: UN PROYECTO DIRIGIDO	17
2. SEMBLANZA BIOGRÁFICA DE PABLO DE TARSIA: UN NAPOLITANO EN LA CORTE ESPAÑOLA	25
3. LA APOLOGÍA COMO FACTOR ESTRUCTURANTE.....	34
4. LA VERDAD DE LAS MENTIRAS	43
5. EL ESTILO DISCURSIVO DE TARSIA: EN LA SENDA DEL BARROCO LITERARIO	48
6. DIRECTRICES DE LA CRÍTICA: EN EL DESENMASCARAMIENTO DEL GENIO	55
ESTA EDICIÓN.....	57
BIBLIOGRAFÍA.....	61
VIDA DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS	75
A DON PEDRO ALDRETE CARRILLO QUEVEDO Y VILLEGAS	79
SUMA DE LAS APROBACIONES, LICENCIA Y PRIVILEGIO	85
SUMA DE LA TASA.....	85
ERRATAS.....	85
<i>IN LAUDEM AUTHORIS D. NICOLAUS ALBICIUS</i>	86
VIDA DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS	87
APARATO CRÍTICO.....	193

Mucho es lo que se ha escrito sobre la vida y la obra de don Francisco de Quevedo desde los albores del siglo XVII, cuando se empiezan a conocer los primeros textos del escritor áureo tanto en verso (los dieciocho poemas que Pedro de Espinosa recoge en 1603 en la *Primera parte de Flores de poetas ilustres*, publicado dos años más tarde en 1605) como en prosa (las primeras copias manuscritas de *El Buscón*, escrito probablemente durante su estancia en Valladolid), hasta nuestros días, debido tanto a la personalidad tan contradictoria y excepcional del genio como al reconocimiento inmediato de su obra dentro y fuera de España. Quevedo es uno de los adalides de nuestras letras con mayor repercusión en Europa, cuyo éxito supera al de la mayoría de los escritores españoles del momento. De ello son testimonio las traducciones de sus obras a los principales idiomas europeos, así como su influencia posterior en numerosos autores extranjeros.

La fama del autor surgida en vida por la calidad de sus escritos, su compleja personalidad, la tenaz participación en las polémicas literarias, su continua afición a las invectivas mordaces y su agitada vida política, entre otros motivos, lo revistió desde bien pronto de un esclarecido halo de interés, como han dejado de manifiesto las múltiples alabanzas y diatribas de sus contemporáneos. Aureliano Fernández Guerra en las *Obras de don Francisco de Quevedo Villegas* recoge un ramillete de elogios prodigados al autor por parte de algunos intelectuales y escritores coetáneos, españoles y europeos, entre los que cabe destacar los encomios de Justo Lipsio, Cervantes, Lope de Vega, Vicente Mariner, Miguel Kelker, Juan Perelio, Martín Lafarina de Madrigal, Juan Pablo Mártir Rizo e incluso el afamado hijo del librero, Juan Pérez de Montalbán, quien no imaginara que, entre la estela de

libelos que suscitó su *Para todos* (1632), Quevedo sería quien lo criticara de manera más despiadada. En el otro plato de la balanza, haciendo contrapeso, afloran los escritos satíricos, virulentos en su mayor parte, prodigados a su obra y su persona incluso en vida. Góngora le dedicó versos feroces en los sonetos «Cierta poeta en forma peregrina» o «Anacreonte español, no hay quien os tope», que tampoco se quedaron sin respuesta por parte de Quevedo; y muchas fueron las invectivas que recibieron algunas de sus obras, bien manuscritas, o impresas, como *El Buscón*, *Política de Dios*, *los Sueños*, *la Perinola*, *el Memorial por el patronato de Santiago y/o el Tribunal de la justa venganza*.

Su genialidad lo convirtió, por tanto, en el eje de mira de todos —escritores, poetas, nobles, clérigos, políticos—, quienes lo admiraron y vituperaron a un tiempo del mismo modo que a su obra. Pero este aura, que se fue gestando desde la difusión de sus primeros escritos, traspasa el umbral de su existencia generando un interés por su vida, más allá de la escritura, que se empieza a fraguar incluso antes de la publicación en 1663 en Madrid de la primera biografía oficial del autor, *La Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas*, obra del teólogo napolitano Pablo Antonio de Tarsia. Este primer esbozo del relato de su vida se ha erigido en el referente de las innumerables relaciones que se han escrito desde el siglo XVII sobre el autor y ha fijado su imagen legendaria, reforzada por el teatro romántico, que ha pervivido prácticamente hasta el siglo pasado. El propósito científico de algunos críticos (Luis Astrana Marín, John Elliott, James O. Crosby, Encarnación Juárez, Pablo Jauralde Pou, Antonio López Ruiz...) y la mirada desapasionada con la que han pretendido descubrir al auténtico Quevedo camuflado tras los velos de la tradición mítica, han logrado refutar muchas de las historietas y anécdotas que el propio Tarsia, con una indiscutible voluntad apologética —e incluso diríamos hagiográfica—, difundió al mundo en su obra. El análisis detenido y riguroso de los escritos literarios y no literarios de Quevedo —documentos epistolares y notariales—, así como el seguimiento de sus huellas en los acontecimientos políticos e históricos del momento han permitido recomponer la imagen anamórfica y desenfocada que ha llegado prácticamente hasta hace un siglo.

Mucho se sigue escribiendo hoy sobre la vida de Quevedo, pero la crítica actual, probablemente por la distancia temporal y el enfoque científico, busca la verdad del escritor, no la quimera del personaje. En la confección de ese juego de máscaras mucho tuvo que ver el escritor mismo. En sus propias obras, por la interferencia entre el autor y la voz lírica, se mostró como un personaje complejo, divergente, bifurcado hacia dos polos opuestos: el personaje caricaturesco y ridículo, lúdico y cínico, mordaz y despiadado de los textos satíricos y burlescos; y el personaje grave y profundo, existencial y desengañado de los textos morales, religiosos y filosóficos. Este juego de espejos o máscaras, que Felipe Pedraza identifica con el clásico Jano Bifronte, y que es posible reconocer en otros modelos literarios posteriores, proyecta una imagen confusa y desconcertante de Quevedo que pervive tras su muerte. Tarsia, cuando escribe su biografía, resuelve la mixtura, pero mantiene el enmascaramiento. Su relato opta por uno de los dos perfiles consignados, el del hombre virtuoso, moral, religioso, trascendente; la otra arista, la satírica y mordaz, queda blanqueada perspicazmente: unas veces como simple fruto de la gracia natural para entretener a los lectores «muchos en sus mayores adversidades y tristezas hallan descanso y divertimento; y aunque algunos hayan procurado con estudio imitarlos, les ha faltado la sal y la gracia que naturaleza dio tan liberalmente a don Francisco»; otras como conciliación de buen gusto y gravedad: «él mismo puso por obra sus preceptos, diciendo en muchas ocasiones motes muy agudos y chanzas de buen gusto, sin que por ellas perdiese jamás de la opinión de su gravedad»; y, en algún caso, barniza la ofensa con un baño de inocuidad: «usaba por su jovial inclinación muy frecuentemente de la chanza; pero en las veras tuvo suma gravedad y viveza, y como en aquella procuraba no ofender a nadie, así en estas fue un espejo de moralidad». Con estos comentarios, Tarsia es el primer crítico en clasificar los escritos de Quevedo en dos grupos —satíricos y morales—, como las ediciones de su obra han mantenido hasta nuestros días.